

iba á excitar y se notó la solidaridad profunda que del Norte al Mediodía ligaba entonces á todo el pueblo. Si no había nadie en el Mediodía para vengar la afrenta, todo el Centro, todo el Norte se hubiera puesto en marcha. El ultraje se sentía hasta en las más pequeñas aldeas. Tengo delante, en el momento que escribo, las proclamas amenazadoras de las poblaciones del Marne y del Sena-Marne sobre estas indignidades del Mediodía.

El Norte podía estar tranquilo. Bastaba el Mediodía. Burdeos, la primera ciudad, se lanza. Tolosa, con la que contaban los asesinos de Montauban, se vuelve contra ellos y pide su castigo. Burdeos avanza contra Montauban, y engrosado el pequeño ejército á su paso por todas las comunidades, tiene que disolverse por no poderse alimentar tantos soldados.

Los asesinos de Montauban avisan que pondrán al frente, en la vanguardia, á los prisioneros, para que reciban los primeros disparos... El ataque se detiene; el regimiento de Languedoc fraterniza con Burdeos.

Se envía desde París un comisario del rey, oficial de Lafayette, hombre dulce más que moderado, que tranquiliza á los de Burdeos, se declara bien pronto contra su propio partido, anuncia que se hará un castigo ejemplar, y cuando los de Burdeos regresan á su ciudad echa tierra al asunto.

No se hace ninguna información sobre la sangre vertida; los muertos quedan muertos, los heridos se quedan con sus heridas y los prisioneros permanecen en su prisión; el comisario del rey no encuentra otro medio de ponerlos en libertad que hacérsela pedir por aquellos mismos que los habían aprisionado.

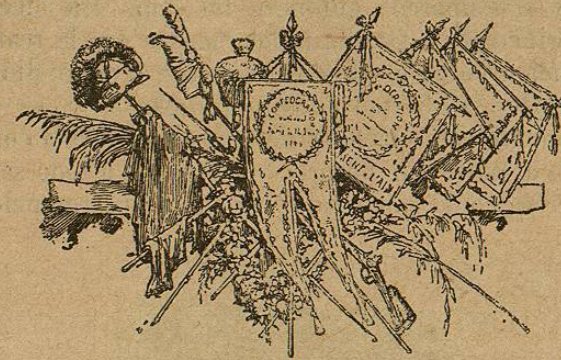
Al mismo tiempo en Nimes los voluntarios católicos llevaban osadamente la escarapela blanca, gritando: «¡Abajo la nación!» Los soldados y los suboficiales del regimiento de Guienne se indignaron. Un regimiento solo entre una tan gran masa de pueblo, no teniendo á su lado más que la población protestante, toda ella industrial y poco belicosa, corría gravísimo peligro.

Notad que tenía contra él á sus propios oficiales, declarados amigos de la escarapela blanca, y contra él á la municipalidad, que se negó á proclamar la ley marcial. Mas como les buscaban querellas, los soldados se batieron.

Hubo muchos heridos; un granadero fué muerto por el hermano mismo de Froment.

Los soldados fueron encerrados en su cuartel, y en cambio el asesino quedó libre. La contrarrevolución triunfa en Nimes, como en Montauban.

En esta última ciudad los vencedores no se enmendaron. Tuvieron la audacia de hacer una colecta entre las familias de las víctimas y aun en la cárcel donde estaban los prisioneros todavía... ¡Horror! No se les quería dejar salir sino pagando á sus asesinos!



CAPITULO IX

Lucha religiosa —La contrarrevolución vencida en el Mediodía. (Junio de 1790.)

Indecisión religiosa de la Revolución.—Violencias de los obispos.—La Revolución cree poder conciliarse con el Cristianismo.—Los últimos cristianos.—La Asamblea piensa en la reforma del clero.—Resistencia del clero (Mayo y Junio de 1790).—Levantamiento de Nimes sofocado (13 de Junio de 1790).—La Revolución victoriosa en Nimes, Avignon y en todo el Mediodía.—En todas partes el soldado fraterniza con el pueblo (Abril y Junio de 1790).

¿Qué hacía durante este tiempo en París la Asamblea nacional? Seguía al clero á la procesión del Corpus.

Su dulzura, más que cristiana en todo esto, es un espectáculo sorprendente. Se contentó con una pregunta que hicieron al rey los ministros.

El rey prohibió la escarapela blanca y censuró á los firmantes de la declaración de Nimes, y éstos se quitaron la escarapela y se pusieron la cinta roja de los antiguos ligueses, y osadamente protestaron diciendo que persistían en defender al rey contra las órdenes del rey.

Lo que ocurría es bastante claro. El partido del clero sabía bien lo que quería y la Asamblea no sabe lo que quiere. Realizaba entonces una obra débil y falsa: la Constitución civil del clero.

Nada fué más funesto á la Revolución que desconocerse á sí misma desde el punto de vista religioso; que ignorar que llevaba en sí misma una religión.

La Revolución no se conocía, no veía que era el cristianismo mismo; no sabía si debía adelantar ó retroceder.

En su fácil confianza é ingenuidad acogió con placer las simpatías que le testimoniaban la masa del clero inferior.

Creyó que iba á realizar las promesas del Evangelio, que estaba llamada á reformar y renovar el cristianismo y no á reemplazarlo. Lo cree y marcha en este sentido; al segundo paso tropieza con los curas que se han vuelto curas.

La Iglesia se le aparece entonces tal como era efectivamente; el obstáculo, el principal obstáculo, mucho mayor que la realeza.

La Revolución había hecho dos cosas por el clero: dió la existencia, el pan á los curas y la libertad á los religiosos.

Y precisamente esto sirvió al episcopado de arma contra la Asamblea, señalando al odio y al desprecio del pueblo á todo sacerdote amigo de la Revolución, como sobornado, comprado, corrompido por el interés temporal.



CAMUS

Hecho extraño; para defender sus monstruosas fortunas, sus millones, sus palacios, sus queridas, impusieron los prelados á los sacerdotes la ley del martirio. Tal, que quería guardar ochocientas mil libras de renta, obligó al cura de aldea á rechazar los mil doscientos francos de sueldo que aceptara de la Asamblea.

El bajo clero se encontró así, de pronto, y por una cuestión de dinero, en el trance de elegir. Los obispos no le dieron un momento para reflexionar, declarándole que si estaba con lo natural, con el derecho, estaba contra la Iglesia; es decir, fuera de la unidad católica, fuera de la comunión de los obispos y de la Santa Sede; miembro podrido, amputado, renegado, apóstata.

¿Qué iban á hacer aquellos pobres curas? Salir del sistema antiguo donde habían vivido tantos siglos, declararse rebeldes á la imponente autoridad que habían respetado siempre, abandonar el mundo conocido, y para pasar ¿á cuál otro? ¿á qué sistema nuevo?... Le falta una idea y fe en esta idea para abandonar así la orilla y embarcarse en el porvenir.



EL ABATE GREGOIRE

Un cura verdaderamente patriota, el de Saint-Etienne del Monte, parroquia de París, que el 14 de Julio marchaba con la bandera del pueblo á la cabeza de su distrito, quedó aterrado, enloquecido de la cruel alternativa en que le colocaban los obispos. Durante cuarenta días permaneció de rodillas ante el altar con un cilicio.

Hubiera podido estarse allí toda la vida y no hubiera encontrado respuesta á la insoluble cuestión que se había planteado.

Las ideas de la Revolución eran las del siglo XVIII, las de Voltaire y Rousseau. Nadie, en los veinte años que transcurren entre la gran época de los dos maestros y la Revolución, entre el pensamiento y la acción, nadie, digo, ha continuado seriamente esta obra.

La Revolución encuentra el pensamiento humano donde lo dejaron ellos; encuentra el ardiente humanitarismo en Voltaire, la fraternidad en Rousseau, dos bases firmes, religiosas pero aisladas, débilmente formuladas.

El último testamento del siglo es en dos páginas, de Rousseau, de tendencias diversas.

En la una, en el *Contrato social*, establece y prueba que el cristiano no es, no puede ser ciudadano.

En la otra, en *Emilio*, cede su entusiasmo ante el Evangelio, ante Jesús, llegando á decir: «Su muerte es la de un dios.»

Esta explosión de sentimiento y de ternura fué anotada y consignada como un dato precioso, como un mentís solemne que se daba á la filosofía del siglo XVIII. De esto nació un error que todavía existe.

Todo el mundo se dió á leer el Evangelio, y en este libro de resignación, de sumisión, de obediencia á los poderosos todos, leen lo mismo que sus corazones sentían; la libertad, la igualdad. En efecto, están en todas partes; sólo que es necesario entenderse: la igualdad en la obediencia, como la habían hecho los Romanos para todas las naciones; la libertad interior, inactiva, encerrada toda en el alma, como pudiera concebirse cuando, habiendo cesado todas las resistencias nacionales, el mundo viera abrirse ante él el imperio eterno.

Cierto. Nada más extraño que buscar en esta leyenda de resignación el código de una época en que el hombre reclama su derecho.

El cristiano es este hombre resignado, del antiguo imperio, que no tiene ninguna esperanza en su acción personal, sino que se cree salvado únicamente, exclusivamente por Cristo. Hay pocos cristianos. En la Asamblea nacional no había más de cuatro. En aquella época el cristianismo había muerto como sistema.

Algunos amigos de la libertad que se habían sentido conmovidos por el Evangelio, se engañaban creyéndose cristianos.

En cuanto á la vida popular, el cristianismo no conservaba más que la parte anticristiana, es decir, lo que había tomado ó copiado del paganismo, la idolatría de la Virgen, de los santos, la material y sensual devoción del Sagrado Corazón.

El verdadero principio cristiano (que el hombre se salva por la gracia de Cristo), condenado solemnemente por el Papa á fines del reinado de Luis XIV, se ha ido amortiguando, muriendo sin algaradas ni luchas, disminuyendo poco á poco el número de sus defensores, ocultándose, resignándose.

Y en esto prueba el partido jansenista tanto como por su doctrina, que es verdaderamente cristiano. Aun teniendo hombres de un vigor

extraordinario se oculta, se entrega, deseando sólo que la voluntad del Padre se cumpla sobre la tierra.

Yo, que busco mi fe lejos y que miro siempre á Oriente, no puedo ver sin emoción profunda á estos hombres de otra edad, á estos jansenistas que sufren, mueren y se extinguen en silencio.

Olvidados de todos, excepto de la autoridad pagano-cristiana que los persigue fieramente, en medio de la indiferencia pública, mueren sin defenderse (1).

He tenido ocasión de probarlos. Un día en que yo me proponía en mi cátedra dar á conocer los grandes hombres del jansenismo y descargar mi corazón diciendo que entonces como ahora era el paganismo quien perseguía al cristianismo, me suplicaron que no dijese nada, que no me acordara de ellos (perdónenme que haya violado su secreto).

«No, señor—me decían—esta es una de las situaciones en que es preciso saber morir en silencio.»

Y como yo insistiera con simpatía, me confesaron ingenuamente que, según su opinión, no les quedaba mucho tiempo que sufrir, porque el gran día, el último día que juzgará los hombres y las doctrinas no podía tardar; el día hermoso en que el mundo debía comenzar á vivir, cesando de morir...

El que me decía estas cosas extrañas era un hombre joven, austero, pálido, envejecido antes de tiempo, que no me quiso decir su nombre y al que no he vuelto á ver.

El recuerdo de esta aparición queda en mí como un noble adiós del pasado. Creo escuchar las últimas palabras de la *Desposada de Corinto*: «Iremos á la tumba á reunirnos con nuestros antiguos dioses.»

En la Asamblea constituyente había tres de estos hombres. Ninguno de ellos era genio ni era orador, y sin embargo ejercieron una gran influencia, demasiado grande, ciertamente.

Heroicos, desinteresados, sinceros, excelentes ciudadanos, contribuyeron más que nadie á detener la Revolución, á lanzarla por viejos caminos imposibles; tanto como la hicieron reformadora le impidieron que fuese fundadora, que innovara y creara.

¿Qué era necesario en 1790 y en 1800? Era necesario confiar y esperar menos; hacer un llamamiento á todas las fuerzas vivas del espíritu humano.

Estas fuerzas son eternas. En ellas se engendra siempre la vida religiosa y la vida filosófica. No hay época desesperada. La pira de los siglos modernos, la de la guerra de los Treinta años produjo á Descartes, el renovador del pensamiento europeo. Era preciso llamar á la vida, no organizar la muerte.

(1) Persecución verdaderamente feroz, que se encarna especialmente en las mujeres, haciendo morir á fuego lento á las últimas hermanas jansenistas. Su encarnamiento llegó hasta el templo de San Severino, que no fue demolido como Port-Royal, pero que fue transformado y entregado al paganismo del Sagrado Corazón, asilo de predicaciones jesuíticas.